

RITOS, MITOS Y GRITOS

En un coche de alquiler, Toyota rojo fuego, viajo a Guisando, pequeño pueblo entre dos imponentes montañas de la sierra de Gredos. El tiempo es cálido, brillante, azul, soleado; marzo acogedor, golpes de primavera, estampa de verdes, flores, polen e insectos enloquecidos. Un CD de folk irlandés, básico y desnudo, pone banda sonora a los kilómetros y al paisaje radiante.

Llego a Arenas de San Pedro, puerta de entrada a la zona sureste de Gredos. Subo por una estrecha carretera con un desnivel muy fuerte, entre el 9 y 10%. Buenas piernas y un trabajado corazón hacen falta para ascender por esos siete kilómetros, andando o en bicicleta.

Cambio radical de paisaje. De las encinas y alcornoques en las afueras de Arenas, a pinos enormes antes de llegar a Guisando. Pasado el pueblo entro con el coche por una pista muy ajustada, de una única dirección y en mal estado. Desciendo paralelo al río Pelayos que arrastra con fuerza el agua de las montañas nevadas.

Llego al destino y salgo del coche. Hace frío y mucha humedad. Es una recóndita y espectacular zona, entre enormes árboles, bosques y senderos, escondida del sol de la tarde. Me acerco hasta un espacio abierto donde hay una gran casa circular de madera con muchas ventanas. Justo al lado, dos estructuras redondas a modo de iglú, hechas con finos palos de madera. Una desnuda; la otra, algo más grande, tapada con mantas. Son Inipis, o iglús de 3 metros de diámetro por uno de altura, donde he sido invitado a participar en una ceremonia de Temazcal. Un grupo de personas esperan en silencio alrededor de una gran fogata donde se están quemando piedras de gran tamaño. Somos: una niña de unos 8 años, varios adolescentes, dos tipos con rastas en el pelo, tres chicas de vestimenta muy hippy y el resto, adultos en vaqueros y camiseta.

La luz del sol va desapareciendo. Dos tipos jóvenes, los hombres de fuego, son los encargados de remover y colocar las piedras cubriéndolas con madera ardiente. Uno de ellos parece un clásico "Oso" gay: barba cerrada y muy recortada, musculoso, velludo y con algo de tripa cervecera; un inmenso y bonito tatuaje le cubre parte del hombro, pecho, clavícula y espalda (un pulpo agresivo en el mar acompañado por un pez globo).

Saludo a Vicente Bueno, el encargado de dirigir el Temazcal y la persona que me ha invitado a conocer la experiencia. Es un tipo cercano y afable. Aprendió con algunos de los mejores maestros chamánicos en sus prolongadas visitas a México. Su elocuencia es muy perezosa pero llena de humor; da explicaciones sencillas y sinceras para calmar los posibles miedos del grupo ante la ceremonia que vamos a vivir: ritual de purificación, ritual de canto a la vida y a la naturaleza, ritual

de conexión con el corazón, con el universo y la Madre Tierra: la "Pacha Mama". Vicente: "Un deseo de espiritualidad se impone en el mundo, frente al capitalismo que nos convierte en números y consumidores".

Dentro del Inipi, en un agujero de medio metro de diámetro excavado justo en el centro, los hombres de fuego irán introduciendo por turnos piedras al rojo vivo, las llamadas "abuelas". Vicente arrojará hierbas aromáticas sobre ellas: salvia, hinojo, árnica, malva, eucalipto. Además, verterá poco a poco chorros de agua sobre las "abuelas" de las que brotarán chispas de puntitos rojos infernales y toneladas de vapor incandescente que invadirán ese espacio pequeño y cerrado. Seremos sometidos al poder del fuego, uno de los cuatro elementos básicos de la Naturaleza. Se tratará de sudar, de contactar con la sabiduría primitiva. Es un tipo de sauna ancestral de los indios mexicanos y norteamericanos que limpia los males cotidianos o profundos y que nos "fundirá" con el Cielo y la Tierra. Es la resistencia tribal, armónica y amorosa al calor para agradecer nuestra pertenencia a la vida y a la comunidad.

Haremos tres rondas de unos 40 minutos cada una. Nos animan a que acompañemos en los cantos espirituales en castellano y en la lengua de los indios Lakotas o Sioux. Dos personas tocarán un pandero y un sonajero.

Antes de entrar, Vicente saca una enorme concha de caracol marino con la que hace un saludo al Gran Espíritu para el comienzo del ritual. Sopla fuerte en las siete direcciones: los cuatro puntos cardinales, el Padre Cielo, la Madre Tierra y el Ser Interior, el Corazón de cada uno. El sonido es grave, como un elefante agotado. Las montañas y el eco se encargan de propagar el aviso a todo el bosque. La comunión está a punto de producirse.

Vamos entrando en fila india al Inipi. Uno de los hombres de fuego nos cubre de humo procedente de una rama de hojas quemadas. Las mujeres se colocan sentadas en el lado derecho de la entrada, los hombres a la izquierda.

La primera ronda es suave, soportable, como un día de julio en Sevilla con 50º grados al sol. En la segunda, entramos en otra dimensión física; francamente, es insoportable. Hay que agacharse; el fuego obliga a la humildad, a poner cuerpo a tierra, labios en el suelo, allí donde quedan los resquicios de oxígeno. Somos 48 personas dentro del Inipi: en bañador, pareos, bragas o calzoncillos; sentados en el suelo, soldados unos a otros, fusionados en el esfuerzo y en la exudación grupal. Yo me encuentro en la segunda fila, pegado a la pared de mantas y en una postura incómoda. Delante tengo una fila de hombres colocados ante el fuego. Agobiado, busco con los dedos abrir una pequeña ranura entre las mantas que cierran el Inipi con el suelo para que entre algo de aire. Aun así, soporto el calor agachando la cabeza sin llegar a postrarme en la tierra. Coloco las manos delante de mi cara. ¡Y da igual! Las olas de calor traspasan los cuerpos, traspasan las manos. Mi respiración es puro fuego, aliento de dragón que caen sobre las espaldas de mis compañeros.

En la tercera ronda, decido colocarme de espaldas al fuego, rodilla en tierra y con la boca asomando por la diminuta abertura que he hecho a través de las mantas del Inipi. Parezco un pez boqueando en busca de agua. Quizás sea un juego tramposo por mi parte. "No soy un titán de la purificación, joder", pienso. El miedo a la falta de ventilación me lleva a actuar así.

Acabada la tercera ronda, ¡por fin!, salgo muy mareado de la tienda a respirar aire puro y fresco. Me acerco a una cola de gente para recibir un cubo de agua fría de la sierra. Los gritos son espeluznantes, divertidos y liberadores. Resuenan en todo el bosque. Cae el agua sobre mi cabeza. Grito de dolor y placer. El cuerpo renace. Me siento fuerte, cubierto de gloria. Estoy en calzoncillos. El contraste del calor y el frío hace que pueda aguantar semidesnudo al aire libre más de 10 minutos, aunque me arrimo de vez en cuando a la fogata, aun viva.

Miro al cielo. Las estrellas son más brillantes que nunca, asoman rutilantes entre las ramas de los árboles y las montañas. Descubro tres de ellas asomadas por el oeste y colocadas en perfecta línea horizontal. Jamás las había visto. Son extrañas, nuevas, parecen una señal de algo, ¿puntos suspensivos de la vida? El negro del cielo es opaco, denso y duro como una cueva de granito. La sensación de acogimiento que siento, la impresión de estar en "casa" acompañados por el ligero centelleo blanco de las estrellas (semejantes al centelleo infierno de las piedras "abuelas") y por el sólido techo negro del firmamento, es magnífica, soberbia, infinita. En ese instante, recuerdo otra de las palabras de Vicente antes de comenzar la ceremonia: "... el Padre Cielo, la gran nación de las Estrellas nos hace recordar que de allí venimos y allí retornamos, a nuestro origen, a nuestro hogar, al lugar donde los sueños nos permiten acceder a otras dimensiones"

Media hora más tarde, me visto y me fundo en un fuerte abrazo con Vicente. Regreso a Piedralaves, pueblo en el que estoy alojado. Atrás queda el resto del grupo Temazcalero. Participarán en un ritual hasta el amanecer acompañados de cantos, bailes, fuego, palabras, comida, tabaco, ayahuasca y San Pedro, un cactus parecido al peyote. La próxima vez haré el ritual completo. Por hoy he tenido suficiente.

En el coche, frente al parabrisas, como una pantalla donde se proyecta la noche cerrada y estrellada, un mantra insistente se repite en mi cabeza:

El placer es dolor. El dolor es placer.

El placer es movimiento y acción, dominio y seducción, clímax y culminación.

El dolor, también.

El placer es dolor. El dolor es placer...